

SANTA WIIK

*¿Y si la Semana Santa
no fuera tan santa?*

Coordinador: Athman M. Charles

LA PASTILLA AZUL

es una colección de:



LA PASTILLA ROJA

Primera edición papel: agosto, 2014

Título: *Santa Week (¿Y si la Semana Santa no fuera tan santa?)*

© Bea Magaña con La cofradía del Cristo del Mal Rollito

© David Rozas con El tambor de Buñuel

© Lucía Pérez Sáinz con Gula

© Santiago Sánchez Pérez (Korvec) con Viernes de dolores

© Tony Jiménez con Señor, santifica a mi bebé

© Irene Comendador con Viejas glorias

© Juan José Díaz Téllez con Mi mejor amigo

© Carlos J. Lluch con Para mayor gloria de Dios

© J. Javier Arnau con En algún lugar

© Marta Junquera con Paso

© Karol Scandiu con En piel de lobo cordero es

© Antonio Sánchez Vázquez con Alrededor de mi pulgar

© Jose Antonio Reyero Chamizo (Jarch) con ¡Por Dios, que no llueva!

© J. A. Campos (Toluuuu) con De beatas, braceros y una resurrección

© Javier Trescuadras con Malos tiempos

© Athman M. Charles con ¿Verdad, padre?

© Del prólogo Santiago Sánchez Pérez

© De la corrección Bea Magaña

© De la portada: ilustración y diseño: © Karol Scandiu

Fotografía: © Scott Griessel

contacto: Karolscandiu@hotmail.es

© Diseño y maquetación: James Crawford Publishing

contacto: jamescrawfordpublishing@gmail.com

© 2014 La Pastilla Roja

contacto: lapastillarojaediciones@gmail.com



INFO ABOUT RIGHTS



1 306235 320443

www.safecreative.org/work

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

La cofradía del Cristo del Mal Rollito.

Bea Magaña:

*A Covent, mi pequeño milagro peludo,
mi primer "Oyente Beta",
el único amigo que jamás me traicionará.
Porque no se enfada cuando me pongo a escribir
y no le hago mimitos, y porque cada vez que ronronea
sobre mi regazo me recuerda por qué no debo rendirme.
Y a Athman, con mi agradecimiento.*

El tambor de Buñuel.

David Rozas:

*A Don Luis y a su villa de Calanda
(Fernando Almadraba)*

Gula.

Lucía Pérez Sainz:

*A quien me completa,
por apoyarme en todo lo que hago
y decirme las cosas claras.*

Viernes de dolores.

Santiago Sánchez Pérez

(Korvec):

Para mi leona y todo el que lo lea.

Señor, santifica a mi bebé.

Tony Jiménez:

*Para Almu,
mi santa diablilla favorita.*

Viejas glorias.

Irene Comendador:

*Este relato se lo quiero dedicar
a todos aquellos lectores
que saben diferenciar la vida real
y las creencias de cada uno,
de la ficción en la literatura.*

Mi mejor amigo.

Juan José Díaz Téllez:

*Para María Jesús,
por aguantar que me quede con la vista
en blanco delante del teclado sin llamar a la policía.*

Para mayor gloria de Dios.

Carlos J. Lluch:

*Para Bea, por corregirme.
Para Marta, por enseñarme.
Para Athman, por ayudarme.
Gracias.*

En algún lugar.

J. Javier Arnau:

*Bueno, pues en estos casos,
la dedicatoria en primer lugar para mi familia
(mi mujer, Ángela, mis padres José y Antonia,
mi hermano Carlos, y mi "sobrino" Sergio).
A Athman, por descontado, por darme la oportunidad
de participar en la antología, y por su trabajo en general.
Y, por supuesto, a la Iglesia Católica en España...
dado que la mayoría de fiestas en este país son de índole religiosa ;)
PD: y a mis compañeros de antología.*

En piel de lobo cordero es.

Karol Scandiu:

*Todos tenemos algo de cordero
incluso cuando somos lobos.
Y ser lobos no siempre es dejar de ser lo otro.
A todos los que leáis el relato,
a vuestro lado bueno y al no tanto.*

Alrededor de mi pulgar.

Antonio Sánchez Vázquez:

Para Miguel y Meli Sánchez.

¡Por Dios, que no llueva!
Jose Antonio Reyero Chamizo

(Jarch):

*A mi mujer, Lola,
que casi nunca se lee lo que escribo,
pero que me aguanta sentado frente al ordenador
durante tantas horas mientras los perpetro.*

De beatas, braceros y una resurrección.

J. A. Campos

(Toluuuu):

*Para todos los que me habéis apoyado desde el principio,
que sabéis bien quiénes sois.
Marta, Karol, Chuppy, Joe, Irene... por haber estado ahí.
A Athman, por confiar.*

Malos tiempos.

Javier Trescuadras:

*A ti, querido lector,
que de forma tan vehemente o no,
has decidido embarcarte en esta nave de la irreverencia.*

¿Verdad, padre?

Athman M. Charles:

*A mi hermano Enci, allá donde esté,
quien se habría partido el culo de la risa con esto...*

William E. Fleming

(James Crawford Publishing

Diseño editorial):

*Quisiera dar las gracias a Athman
y a todos aquellos que colaboran por dejar que seamos una familia
de pequeños peces en este mundo de tiburones editoriales.*

Índice

PRÓLOGO.....	11
Bea Magaña	
LA COFRADÍA DEL CRISTO DEL MAL ROLLITO	13
David Rozas	
EL TAMBOR DE BUÑUEL.....	21
Lucía Pérez Sainz	
GULA	33
Santiago Sánchez Pérez (Korvec)	
VIERNES DE DOLORES	37
Tony Jiménez	
SEÑOR, SANTIFICA A MI BEBÉ.....	45
Irene Comendador	
VIEJAS GLORIAS.....	53
Juan José Díaz Téllez	
MI MEJOR AMIGO	59
Carlos J. Lluch	
PARA MAYOR GLORIA DE DIOS	63
J. Javier Arnau	
EN ALGÚN LUGAR.....	69
Marta Junquera	
PASO.....	73
Karol Scandiu	
EN PIEL DE LOBO CORDERO ES	75
Antonio Sánchez Vázquez	
ALREDEDOR DE MI PULGAR.....	79
Jose Antonio Reyero Chamizo (Jarch)	
¡POR DIOS, QUE NO LLUEVA!	89
J. A. Campos (Toluuuu)	
DE BEATAS, BRACEROS Y UNA RESURRECCIÓN...	97
Javier Trescuadras	
MALOS TIEMPOS.....	107
Athman M. Charles	
¿VERDAD, PADRE?.....	125
Biografías	129

Prólogo

En el bar “La Cigala” no se producen peleas más enconadas que las que enfrentan al señor Paco y al señor Juan. A pesar de su larga amistad, sus opiniones siempre se encuentran en extremos opuestos en materias de fútbol, política y, por descontado, religión. El primero afirma que la Semana Santa es un tiempo dedicado a la fe, al sacrificio y a la redención. El segundo sostiene que la Virgen, en el hipotético caso de existir, apreciaría más que sus fieles se dedicaran a hacer el bien, o como mínimo a pecar menos durante el año, en lugar de tanta penitencia para purgar sus pecados.

A apenas dos calles de distancia, Roque acompaña a su hijo mayor a la cofradía. Para él no hay discusión que valga. No cree en el Papa, ni en los curas, pero sí en la Virgen. Los varones de su familia han sido cofrades desde hace varias generaciones. Sus ideas no han terminado de calar en su hijo, Sebastián, que camina con una mezcla de curiosidad, excitación y temor por compartir esa actividad que tanto significa para su progenitor.

Sentado en una terraza se encuentra Antonio. Para él la Semana Santa son unos días de asueto y de degustación de algunos platos especiales. No tiene intención de acudir a ninguna procesión, pero se apunta a todo lo que lleve asociada la palabra *fiesta*. A tres mesas de distancia se sienta una pareja de recién casados de rasgos orientales, armados con cámaras de vídeo y fotografía. La pareja se prepara para registrar hasta el último detalle de tan pintorescas celebraciones. Él es shintoísta y su esposa budista, pero su amor les hizo acercar puntos de vista y decidieron unir sus destinos en aquellas fechas para poder visitar España durante esas celebraciones que tanto les llamaban la atención.

Muy por encima de sus cabezas, en el interior de su nave espacial, Gnut-09-XZ observa los extraños ritos de los terrícolas, mientras éstos transportan a hombros un icono de la que sólo puede ser su líder suprema. Por el momento se le escapa la utilidad de los peculiares atuendos de los miembros de su séquito, pero tiene intención de seguir investigando hasta descubrirlo.

Semana Santa, pocas palabras son la suma de dos que implican conceptos y sensaciones tan distintas en función de la persona que las escuche. Fe, gastronomía, tradiciones sangrientas, redención, economía, espectáculo, crítica... todos esos temas y alguno más se encuentran presentes en los relatos que conforman esta antología que, como suele ocurrir cuando se tocan temas relacionados con la religión, puede herir algunas susceptibilidades.

Si no eres creyente, espero que disfrutes y pases un buen rato con estas historias ambientadas en tan peculiar celebración. Si lo eres, confío en que serás como el señor Paco, que puede discutir sobre un tema y aceptar otras opiniones aunque no las comparta sin llegar a enfadarse u ofenderse con los puntos de vista ajenos.

Después de todo, la mayoría, si no todos, nos encontramos ciegos a la verdad y debemos conformarnos con aquella parte que no escapa a nuestra percepción más o menos limitada.

Lee, disfruta si puedes, y ante todo piensa por ti mismo.

Santiago Sánchez Pérez

Bea Magaña

La cofradía del Cristo del Mal Rollito

Jueves, doce y cuarto de la noche. Festivo, y yo currando como un imbécil. Aunque lo de currando es un decir. El bar está vacío. Todos los años la misma historia. Llegan las doce, pasa la cofradía del Mal Rollito y la peña huye en desbandada. Menos mal que ya me lo sé y he ido cobrando las consumiciones al momento, que no está la vida como para permitir un *sinpa* multitudinario con la excusa de la procesión. Debería aprovechar que todo el mundo está en la calle mirando el paso para chapar el local antes de que aparezca el capullo de turno y me joda los planes.

Tarde. El capullo de turno acaba de cruzar la puerta. Perra suerte la mía.

Lo primero que pienso al verle es que se trata de uno de esos guiris horteras que nos invaden cada Semana Santa, atraídos por nuestras famosas procesiones, nuestra paella y nuestra sangría. Le delatan las sandalias y esa especie de poncho que lleva echado sobre el hombro izquierdo. Por no mencionar el vestido, los pelos largos o la barba a lo Aragorn. Si llevara las ropas sucias o desgastadas me atrevería a afirmar que es un hippie de esos que tocan la flauta junto a la catedral cuando la poli no mira. Pero lleva la túnica impoluta, el pelo limpio y ninguna mochila a la espalda.

Cuando llega hasta la barra me doy cuenta de que lo que he tomado por una especie de poncho es en realidad un manto de color rojo con hermosos bordados en oro. No parece un trapo comprado en el mercadillo. Brilla como si tuviera vida propia, y siento la tentación de extender el brazo para tocarlo y comprobar de qué género está hecho. Lo que me detiene no es la vergüenza o la cortesía. Es el corazón que lo adorna, como un broche gigante que atrae toda mi atención. Yo no entiendo de estas cosas, pero mi abuela es una beata que tiene la casa llena de figuras de vírgenes y de santos, y juraría que eso que el tipo se ha cosido en el manto es lo que mi yaya llama el Sagrado Corazón de Jesús.

Me extraña que no esté en la calle viendo pasar al Cristo (del que, ahora que lo pienso, parece un clon) como el resto de los abducidos.

—¿Usted es inmune al hechizo?

El recién llegado me mira sin comprender.

—¿Cómo dices?

Hago un gesto con la cabeza en dirección a la puerta.

—Eso —digo—. Hace quince minutos el local estaba hasta arriba. Ha sido oírse el primer redoble de tambor y todo el mundo ha salido corriendo para ver pasar a la cofradía del Mal Rollito. Como si les hubieran hipnotizado, sabe. Me produce mucha curiosidad, pero nunca salgo a mirar. Me da mal rollo. Algo que tiene el poder de convertir a la gente en zombis fervorosos no puede ser bueno. ¿A usted también le pone los pelos de punta? ¿O es que necesitaba usar el baño?

El tipo esboza una sonrisa que se me antoja triste y se sienta en un taburete.

—Quería beber algo. Después de la Última Cena, ¿qué mejor que un trago de despedida?

Me río con ganas ante el juego de palabras y saco una Judas de la nevera.

—¿Le hace una cerveza? —le guiño un ojo—. Hoy ésta la tengo de oferta.

Esperaba que se riera, pero no lo hace. Mira la botella con expresión pensativa y suspira.

—Cruel ironía... —dice con amargura.

Y de pronto me siento como un capullo. Aquí estoy, bromeando con un tipo al que no conozco, haciéndome el gracioso sin pensar que podría estar hiriendo sus sentimientos.

—Perdone, hombre, no pretendía molestarle. Le pondré otra marca.

El hombre mueve la cabeza, agarra la botella y se la lleva a los labios. Bebe sin respirar hasta que la vacía. Me preparo para el eructo épico que voy a escuchar. Para mi decepción, no llega.

—Judas, el sabor de la traición —le oigo decir, y aunque su expresión sigue siendo amarga me parece que también hay un

deje de desdén en su voz—. Es apropiada. Sí, muy apropiada. Tomaré otra, si eres tan amable.

Su sonrisa es encantadora. El tipo de sonrisa que despierta a tu empatía y que te hace confiar. Como la de la gente sincera. Esa sonrisa que atrae y enamora. Como la de los actores de cine. Capaz de convencerte de cualquier cosa. Como la de los políticos.

—Claro, hombre. Pero la norma de la casa es cobrar al momento.

—¿No te fías de mí?

Me parece ver decepción en su mirada, y me siento mal. No sé, no parece un mal tipo, y quizás he sido demasiado brusco. Pero sigo pensando que es un hippie (o un fan del *cosplay* con un extraño gusto por los disfraces *frikis*), y no veo que su túnica tenga bolsillos. Que, oye, está muy bien ser caritativo y dar de beber al sediento y toda la pesca, pero si me van a chulear, con una birra es suficiente.

—No se ofenda pero, tal y como va el mundo, no me fio ni de la Virgen.

Su expresión se dulcifica.

—Oh, de ella sí que puedes fiarte. Era una buena mujer.

—Ya, y mi madre también lo era. Y ella me enseñó a no dejar deudas sin pagar ni bebidas sin cobrar.

Suspira y saca un billete de cien de entre los pliegues de su túnica.

—Joder, tío, que son dos cincuenta, dónde vas con eso.

—A acabar con Judas si puedo —dice, y me guiña un ojo—. No me des el cambio, así no tendrás que recordarme que tengo que pagarte cada vez que te pida una cerveza.

Miro el billete y luego al tipo.

—Tío, ¿piensas beber cerveza como si esta noche se fuera a acabar el mundo?

Ahora su sonrisa se ensancha y me provoca un escalofrío.

—Como si esta noche se fuera a acabar el mundo, tú lo has dicho.

Perra suerte la mía. El hippie me va a tener aquí hasta las

tantas. Estoy por devolverle el billete, decirle que le invito a la cerveza y que se marche a ver la procesión o en busca de otro garito en el que ahogar sus penas. Abro la segunda Judas y me voy a llenar las cámaras; si no le doy conversación, igual se aburre y se larga sin que tenga que echarle.

Bebe en silencio mientras hago mi trabajo. No sé en qué está pensando, pero yo pienso en mi novia, en que la muy zorra me ha puesto los cuernos con mi mejor amigo y en la venganza que llevo dos semanas maquinando. Cuando el tipo se acaba la cerveza le sirvo otra. Yo sigo a lo mío. A la una menos cuarto miro el reloj. La procesión dura hasta las dos, pero ya hace rato que el paso se ha perdido calle abajo y no ha entrado nadie después del hippie. Qué raro. Y qué putada, porque si no fuera por él podría cerrar y marcharme a casa. Le abro otra cerveza y me voy a barrer el suelo. A la una y diez seguimos solos. Y a pesar de que se ha pimplado cinco Judas sin respirar, parece muy sobrio. Mierda. Hoy no salgo de aquí antes del amanecer.

¡Joder, que yo odio la Semana Santa! No me apetece pasar la noche con un tipo disfrazado de Jesucristo dispuesto a beberse todas mis existencias.

Guardo la escoba y vuelvo a la barra decidido a devolverle su cambio. Antes de que me dé tiempo a marcar el importe en la caja registradora, el hippie me pide por señas una nueva cerveza.

—Señor —le digo, y me parece que mi voz suena suplicante—. No es por ser borde, pero es la una y media y...

—¿Cómo te llamas, hijo? —me interrumpe.

—Ehhh... Jesús —digo.

El hombre estalla en una carcajada. Yo no le veo el chiste.

—Jesús —repite en voz baja, y vuelve a reír. Luego se pone serio—. He estado pensando, Jesús. En lo que has dicho antes. Sobre las procesiones. ¿La cofradía del Mal Rollito, así llamas a los que han pasado esta noche junto a tu puerta?

Asiento.

—La cofradía del Cristo del Mal Rollito —matizo—. ¿Le parece irreverente?

—En realidad, me preguntaba por qué ese nombre.

Suspiro, me encojo de hombros, y ante el poder seductor de su mirada decido responderle.

—La verdad es que todo lo que se refiere a la Semana Santa me da mal rollo. Por un lado me jode tanta hipocresía, por el otro me acojona la reacción de la gente. Si hubiera visto a la peña que llenaba este local hace un rato jamás habría pensado que había ni una sola persona creyente. Aquí se ve de todo: tacos, drogas, sexo, peleas... Sí, vale, es una fiesta cristiana y eso, pero para la mayoría es una fiesta sin más; no hay que currar, no hay clases, son cuatro días para descansar, viajar o desfasar. Les hablas de ir a misa y te miran como si fueras un marciano. Pero empieza la procesión y salen todos en masa a ver los pasos, como zombis, como si unas ondas malignas flotaran por el aire y se metieran en sus cerebros, y eso da muy mal rollo, tío. Pero lo del nombre se debe a la imagen que transportan en silencio por las calles. Esa imagen es lo peor.

—¿La imagen?

—Sí, tío, el Cristo ese. Me pone los pelos de punta. Si lo ves de lejos no parece que tenga nada raro, pero si lo ves de cerca da la impresión de que está vivo, y de que no le gusta un pelo estar ahí subido. De lejos ves la sonrisa de los cuadros antiguos, la de las fotos del Sagrado Corazón, la sonrisa del Jesús del *dejad que los niños vengan a mí*, del *Jesús es tu amigo* que nos vendían en la catequesis. Pero de cerca, esa sonrisa esconde un secreto. Ese Cristo no siente amor por los hombres; ese Cristo se acuerda de lo que los hombres hicieron con Él y planea vengarse.

Alza las cejas, no sé si impresionado por mi curiosa deducción o escandalizado ante mi perturbada imaginación.

—¿Y cómo sabes que detrás de esa sonrisa se oculta un deseo de venganza?

Aprieto los dientes.

—Porque es la misma sonrisa que veo en el espejo desde que mi novia me puso los cuernos con mi mejor amigo —escuipo con toda mi rabia.

El hippie se queda pensativo unos momentos. Luego se pone de pie y pasea a lo largo del bar. Por un momento, la luz

tenué y el cansancio me juegan una mala pasada. El hippie, con su túnica impoluta, su manto resplandeciente, sus sandalias, sus ojos de un azul imposible, su barba y sus cabellos largos, y sobre todo ese corazón bordado en rojo y oro sobre su pecho, se me antoja la representación física de la imagen que corona el paso de la cofradía que me ha robado a mis clientes esta noche. Sacudo la cabeza para alejar tan horrible fantasía y cuando vuelvo a mirarle ¡sigue siendo el Cristo del Mal Rollito! ¡Joder! ¡Y todavía no me he servido mi primer cubata!

—La venganza es un sentimiento muy feo, Jesús —dice con un tono que se me antoja místico—. Se alimenta del dolor y de la rabia, y envenena el alma. Si pasas demasiado tiempo rumiando tu venganza, llega un momento en el que ya no recuerdas los motivos que te llevaron a ser víctima de una traición. La ingenuidad, el romanticismo, el idealismo con el que vivías y hacías las cosas; la humildad, la confianza, el amor que te representaban se olvidan, siendo sustituidos por un deseo malsano que te carcome y que no te permite ser feliz mientras no lo satisfagas.

Agacho la cabeza, avergonzado de ese sentimiento que desde hace dos semanas se ha apoderado de mí. El hippie me sonrío de forma comprensiva y de pronto siento que si me acerco a él, si le permito que me abrace, todo lo malo que hay en mi corazón desaparecerá. Ignoro por qué, pero estoy convencido de que tiene el poder de sanar con sólo tocar. Posee un aura resplandeciente que eclipsa la oscuridad a su alrededor, y la luz de sus ojos me reconforta y me atrae como un imán. No sé qué tiene, pero tiene algo especial; es humilde, es grande, es todo bondad.

—Pero ¿sabes? —continúa hablando con esa voz suave que podría estar toda mi vida escuchando—. La traición es mucho peor. Cuando confías en alguien con los ojos cerrados, cuando amas tanto a alguien que estarías dispuesto a dar tu vida por él, cuando renuncias a tener un futuro para que otros lo tengan y te sacrificas por unas personas que te traicionan, que te denuncian, que te niegan, que te golpean y te humillan y te arrebatan la dignidad primero y la vida después... Cuando pasa el tiempo y ves que tu mensaje se ha perdido, que tus palabras han sido ter-

giversadas, que tu sacrificio fue inútil... —Suspira con pena—. *Perdónalos, porque no saben lo que hacen*, dije. Pero lo sabían perfectamente.

Y de pronto lo entiendo. No es un clon, ni un hippie disfrazado, ni una alucinación provocada por el cansancio y la escasa luz.

—Jesús... —digo con lágrimas en los ojos.

Jesús asiente, esboza una sonrisa triste y se sienta sobre el taburete que ocupara antes. Me mira a los ojos.

—Lo tenía todo para ser el mejor Dios de todos los tiempos —dice—. Un físico atractivo, una personalidad irresistible, don de gentes, la capacidad para curar y un montón de ideas revolucionarias. Al principio sólo me seguía un puñado de hippies, pero llegó un momento en el que tenía más fans que Justin Bieber. Aún recuerdo mi entrada triunfal en Jerusalem. Me recibieron con palmas y gritos de *¡Rey de reyes! ¡Tío bueno! ¡Hazme tuya!* Ni los Beatles llegaron a generar tantas pasiones como yo. Se me subió a la cabeza, lo reconozco. Tenía que haber hecho caso a mi Padre. Él sabía que la fama es efímera, que las modas pasan, que los fans son volubles. Pero yo era muy joven e inexperto, y estaba convencido de que sus corazones eran puros, de que me amaban de verdad. Era un romántico. Quería salvarlos a todos, estaba dispuesto a morir por ellos.

»No tuve en cuenta que la fama genera envidias y bajé la guardia. Mi mejor amigo me traicionó. Me estuvo bien empleado, por ingenuo y por confiado. Soporté la vergüenza de la detención y el dolor de los latigazos, la humillación de los insultos y la corona de espinas. Lo que más me dolió fue ver cómo los que se decían mi familia renegaban de mí y me daban la espalda.

»Después de mi muerte, muchos fueron los que pasaron a la posteridad diciendo que me conocían, que habíamos sido grandes amigos, contando mis intimidades como en esos programas basura de la tele. Pero el mensaje que transmitían no era el que yo les había dado. Eso fue lo que inició mi cabreo, chico. Tú lo has dicho antes: la hipocresía, la religión mal entendida y peor profesada, el fanatismo irracional. Cada año, llegadas estas

fechas, me subo al paso que recorre las calles en silencio y observo: veo la maldad y la falsedad detrás de las capuchas de los cofrades, revivo mi pasión y mi muerte, siento crecer mi ira. Sí, soy el Cristo del Mal Rollito, el que esconde un deseo de venganza bajo la sonrisa del hombre bondadoso que murió por toda la Humanidad.

De pronto, su expresión cambia. Sus ojos azules se vuelven gélidos, su sonrisa llena de dientes se transforma en una mueca de desprecio, el aura que le rodea devora toda la luz, convirtiendo mi bar en un abismo negro dentro del cual me siento insignificante y desprotegido. Y no veo consuelo en sus brazos, no veo amor en su rostro. Es el Cristo del Mal Rollito, tal como siempre lo he visto coronando el paso del que ha decidido bajarse esta noche.

—Fui un romántico y fracasé en mi carrera hacia la divinidad. Mi Padre sí que es un Dios cojonudo. Él sí os entiende. Él sabe hacerse respetar. Plagas, sacrificios, desastres naturales, un cometa cabrón si es preciso... un poco de mano dura de vez en cuando para que no saquéis los pies del tiesto. He aprendido mucho de Él. Ahora sé que no puedo salvaros de lo que sois. Pero puedo libraros de vuestro propio mal. Y no lo haré muriendo de nuevo por vosotros. Esta vez seréis vosotros los que moriréis por mí.

Algo toma forma a su espalda, algo que se parece un poco al Ojo de Sauron y un poco al Devorador de Mundos al que se enfrentaban los Cuatro Fantásticos en la segunda peli. Y cuando Jesús habla, no me sorprenden sus palabras. Hace años que llevo viendo su plan para vengarse detrás de su sonrisa.

—Esta noche se acaba todo, chico. —Me guiña un ojo y me apunta con el índice de la mano derecha mientras muestra el pulgar de la izquierda en un gesto de buenrollismo total que me acojona más que sus palabras—. Tómate una birra y mira los fuegos artificiales. Van a hacer Historia. Aunque no quedará nadie para recordarla.